

Jaime Osorio: *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*. México, FCE, 2004, 263 pp.

Víctor Alarcón Olguín

(*Universidad Autónoma Metropolitana. México*)

Una primera reflexión que deseo dejar asentada en estas líneas quiere destacar y reconocer la seriedad polémica con la que el sociólogo chileno Jaime Osorio aborda los problemas de la política y las instituciones en América Latina. Para comentar el contenido del presente libro, y ponderar los elementos que me gustaría debatir con el autor, me permito en primera instancia evocar a un gran observador de nuestra realidad regional.

Don Marcos Kaplan, politólogo argentino que fuera uno de los más apreciados mentores que tuve durante mis años de formación universitaria en México, acuñó el concepto de “Leviatán Criollo” para referirse al modelo de Estado que se había formado particularmente en América Latina, el cual estaba constituido específicamente por el legado postcolonial y oligárquico de los grupos de poder que se habían entremezclado a lo largo de su desarrollo.

La relación siempre tensa e inconclusa entre el sector agrícola tradicional y el que promueve la innovación industrial, sólo ha tenido como único punto en común el interés por mantenerse vinculados con el exterior mediante las actividades exportadoras. Esto implica un sello que marca las limitaciones antiguas y actuales de inserción para América Latina dentro del proceso evolutivo de la economía mundial, y en particular del marco del capitalismo contemporáneo.

De hecho, en uno de sus últimos trabajos, Kaplan apuntaba justamente a la pregunta de qué hacer y cómo colocar al Estado-Nación frente al desafío de la globalidad, en términos de anunciar su muerte o, simplemente, asumir que nos encontrábamos frente a una nueva transmutación de alcance múltiple en el balance tecnológico, militar y político de acceso a los medios de la riqueza y el bienestar social, el cual se desenvuelve regularmente bajo mecanismos de desigualdad combinada y conflictiva¹.

En concreto, la obra de Jaime Osorio nos permite trazar un interesante paralelismo y punto de convergencia con esta idea del finado Kaplan, en el sentido de preguntarnos si existe una nueva funcionalidad del Estado dentro de la época contemporánea, y si la misma puede o no recolocarse en un lugar

¹ Ver Marcos Kaplan: *Estado y Globalización*. México, IJ-UNAM, 2002.

de centralidad política mediante la conformación de redes sociales de poder similares a las ocupadas por éste a lo largo del desarrollo histórico capitalista.

Partiendo de esta situación, justo aquí me permito hacer un primer apunte de disenso con Osorio, a fin de preguntarnos si realmente resulta necesario colocar al Estado en dicha función central de matriz decisoria. ¿No contradice ello el papel democratizador y plural en que ahora se quiere colocar a la sociedad civil en tanto agente primigenio en la toma de decisiones? Osorio asume como insuficientes afirmaciones de este tipo, en tanto las percibe como parte de la llamada “transitología”; o bien las ubica dentro del paradigma de tipo schumpeteriano que vislumbra la democracia sólo como una competencia electoral entre élites y no como parte de un conflicto de clases.

Sin duda, existe mucha razón de fondo en su crítica, por cuanto a cuestionar la volatilidad de las elecciones y la inconsistencia de los arreglos institucionales. Pero en mi parecer, al pluralismo participativo no se le podría limitar únicamente como asunto del neoliberalismo, y veo muy difícil abogar por la permanencia reconcentrada del poder en las manos preferentes del Estado. Si bien éste sigue desplegando una función referencial importante, podemos ver y asumir en la cotidianeidad que mucha gente ni lo percibe ni lo toma en cuenta; o francamente lo desafía, no en el sentido revolucionario, sino mediante el ejercicio diario de las conductas antisociales o la violencia de corte fundamentalista.

En efecto, podría decirse que el Estado contemporáneo es “ilusorio” en tanto comunidad de todos, como afirma Osorio, pero quizás ya no por las causas que usualmente se manejan desde la tradición crítica del materialismo marxista. Incluso en la actualidad existe un total desapego respecto a las identidades de clase. Si se siguieran los elementos explicativos de la conciencia y militancia políticas que se requerían en el pasado para afirmar la presencia clasista de los actores políticos (como lo argumentaba la izquierda de antaño), quizás no veríamos las paradojas que hoy presentan los regímenes nacional-populistas de corte socialdemócrata que han arribado a los espacios de gobierno en América Latina, en tanto hacen omisión concreta de dicho tipo de argumentos clasistas, para limitarse sólo a hablar de corregir la pobreza y la exclusión social mediante los mecanismos institucionales del Estado.

Es interesante precisar que la metodología de Osorio se beneficia de una recuperación fuerte de los autores clásicos de la sociología como Marx, Gramsci y Weber, por cuanto sus definiciones del Estado, la política, la sociedad civil y el poder, se concentran respectivamente en los parámetros del dominio de clase, la hegemonía cultural y la estructura burocrático-administrativa de orden monopólico. Su intención sirve para determinar el alcance e influencia de la institución estatal como factor sobrepuesto a los intereses de una “sociedad civil” que más bien practica una ciudadanía individualizada sustentada en falsos criterios de igualdad.

Por ello, mi segunda crítica se mueve a considerar que, si bien Osorio nos presenta los fundamentos con los cuales se pretende hacer una revisión a la postura contractualista de corte liberal del Estado-Nación moderno dentro del capitalismo, quizás resulta muy limitado hablar por ejemplo de un complejo modelo de división de clases sólo dentro del propio Estado, dejando de lado las transformaciones generadas dentro de las identidades sociales, ya que ello más bien nos habla de grupos o estamentos cuya funcionalidad se sustentaría únicamente a partir del contenido instrumental que llega a solidificarse en dicho “espacio político”.

Pienso que Osorio no toma en cuenta justamente que ello acontece debido al papel de la historia y la cultura colectivas que se sostienen desde la propia sociedad como la base radial y compleja de la política, si seguimos aquí precisamente a los trabajos de Michel Foucault, quien hablaría de cómo la “microfísica del poder” existente en el imaginario y la mitología de las personas, termina por imponerse vía intercambio simbólico y material con los poderosos.

En este sentido, Osorio despliega todo un entramado de nociones que también tratan de proporcionar una crítica a la teoría de las representaciones, y a la vez intentan explicar el alcance de las crisis orgánicas de acumulación y gobernabilidad que deberían originar la ruptura y superación del Estado capitalista. En esta dirección, resulta factible asumir que el temor de Osorio en torno a la “medievalización” y el posmodernismo relativista de lo político no son infundados.

Pero, paradójicamente, el autor deja a los actores sociales en una dimensión pasiva, en tanto no se profundiza respecto de qué mecanismos o posibles cursos de acción serían plausibles para remontar la atonía anti-política que subyace a la sociedad debido a la acción de los aparatos de comunicación masiva, mismos que por sí solos configuran una instancia de poder que pueden llegar a condicionar o enfrentar al Estado.

El caso se torna muy problemático al tener que abordar la naturaleza de las formas de gobierno, y en especial cuando se debe discutir el tema de la democracia, ya que incluso la división entre las condiciones sustantiva y procedimental de la misma se coloca como un falso dilema, porque sus valores centrales, como lo son la libertad y la igualdad, deberían ser vistos como complementarios entre sí, y no como polos de un conflicto dentro de la propia democracia.

A la par de la revisión que Osorio aborda para construir la noción de lo político (la cual también remite a los fundamentos de la lucha de clases, así como a las maneras en que se deben “superar” las contradicciones y las desigualdades que se generan entre la economía y la política), los problemas del Estado y la mundialización se advierten como una dinámica cíclica y continua que se refiere a la persistencia del capitalismo y sus espacios de realización hegemónica.

Esto remite entonces a comprender la sucesión de los esquemas de tipo colonial, imperial, transnacional o global (si es que se me permite adaptar una secuencia histórica) de las diversas experiencias referidas por Osorio en el libro. Una clasificación de este tipo quizás podría darle una mejor exposición de orden general a su argumento, para no quedarse con la impresión de que sólo se mencionan rasgos generales de tipo productivo, monopolístico o financiero que pudieran distinguir la evolución de la experiencia latinoamericana, misma que es vista por Osorio a través de la teoría de la dependencia y el subdesarrollo.

Particularmente, resulta ilustrativo el punto defendido por Osorio de que el Estado sólo se ha transformado para adaptarse a las exigencias del capitalismo mundial bajo la idea de una simplificación regional. Sin embargo, ello no elimina, y en todo caso más bien las incorpora y asimila, aquellas divisiones funcionales y territoriales del Estado nacional susceptibles de ser integradas en esquemas federalistas de nuevo tipo, cuyo funcionamiento también se podría dar bajo la modalidad del mercado y la economía.

Por ello, la sincronización entre los niveles macro y local se ofrece como una cuestión de seguridad y protección, lo que significa mantener a la instancia estatal dentro de sus funciones básicas. Así que el problema de la autonomía y capacidades del propio Estado (visto aquí como la soberanía) sería precisamente lo que está en transformación y ajuste.

Para Osorio, resulta claro que dicho proceso es heterogéneo y desigual, por lo que no se le podría llamar globalización, en tanto ello implicaría una capacidad de acuerdo político y homogeneidad para llegar a un modelo de pensamiento y acción únicos que incluso pudieran prescindir del Estado. Y supondría también la desaparición de las fronteras y las periferias respecto de los centros de poder hegemónico, mismos que precisamente deben seguir operando en clave estatal para lograr la persuasión y apertura de los mercados para las empresas transnacionales.

En esta dirección, Osorio recupera la dicotomía entre fortaleza y debilidad de los actores estatales y sociales, lo cual me parece le acerca a la tipología de un autor como Joel S. Migdal, quien hablaba de Estados Fuertes con Sociedades Fuertes; Estados Fuertes con Sociedades Débiles; Estados Débiles con Sociedades Fuertes; y, finalmente, la peor combinación, que se refiere a la presencia de Estados Débiles con Sociedades Débiles, que refleja una asimetría y una total falta de integración como la que se presenta en el momento actual².

En este caso, la experiencia de la mundialización nos permite ver el grado y radio de cobertura que poseen los Estados (particularmente los de la

² Ver Joel S. Migdal: *Strong Societies and Weak States. State-Society Relations and State Capabilities in the Third World.* Princeton University Press, 1988.

zona latinoamericana) para determinar qué tipo de reformas e instituciones son necesarias para cumplir con los propósitos de la reproducción económica capitalista y la representación política de tipo democrático. Esta cuestión permite precisamente a Osorio definirla como la manifestación más específica de que se ha creado una nueva matriz estadocéntrica (con un pluralismo político incluyente y un esquema económico excluyente) que responde al modelo neoliberal, y que desplazó a la que funcionó dentro de la lógica desarrollista en América Latina (basada en el corporativismo político excluyente y el proteccionismo nacionalista estatal incluyente).

La nueva lógica estadocéntrica se ha terminado por colocar dentro de un modelo de mercado muy desigual y con bajo impacto en el ordenamiento de las opciones políticas y en materia del ejercicio de los derechos. De ahí que Osorio sea muy crítico tanto del paradigma transitológico, como del relativo a la búsqueda de la gobernabilidad democrática.

Las características de ambos modelos no permiten incidir en la reconformación de los sistemas económicos, más que en aquellos indicadores que se detienen sólo a valorar la eficacia y la estabilidad de los programas sociales de corte asistencialista, que sólo demuestran la renuncia explícita a colocar al Estado dentro de las condiciones de un crecimiento que conlleve a inversiones de largo plazo. El éxito coyuntural de corto plazo se sitúa entonces como un rasgo de flexibilidad y adaptación del Estado en torno a los mercados. Pero de nueva cuenta, esto nos dice poco respecto a las formas que pudieran ser adoptadas en su caso por la lucha de la sociedad civil y política para superar dicha situación.

Como reflexión conclusiva de este comentario indico que el hecho de intentar encontrar algunos puntos para el debate, como los aquí señalados, sólo refuerzan la opinión positiva sobre lo que el trabajo de Osorio puede ofrecer al lector, ya que propuestas teórico-metodológicas de este tipo presentan una notable ventaja por tratarse de un edificio categorial sólido. Pero a su vez ello nos permite demandarle al autor continuar dicho esfuerzo acompañándolo con mayores evidencias empíricas que permitan demostrar de manera más contundente su argumentación, especialmente a la hora de ligar la influencia recíproca entre economía y política como factores de concreción del Estado.

De lo contrario, me temo que nos quedaríamos ante un trabajo incompleto que sólo cuestiona al problema de la mundialización desde una dimensión moral y sociológica críticas, pero que no nos permite aterrizar en líneas específicas para aplicar su propuesta en términos políticos y que puedan ser útiles para el propio contexto latinoamericano.